

Santi Vila

De héroes y traidores

El dilema de Cataluña o los diez errores del *procés*



PENÍNSULA ATALAYA

Santi Vila
De héroes y traidores

El dilema de Cataluña o los diez errores del *procés*

ediciones península

© Santiago Vila Vicente, 2018

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2018

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
CPI BARCELONA - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-2.003 -2018
ISBN: 978-84-9942-679-2

ÍNDICE

Prólogo	II
---------	----

PRIMERA PARTE

1. Soy de aquí, soy extranjero	19
2. Elogio de las motivaciones íntimas	31
3. La semana trágica	37
4. Somos lo que decidimos	55
5. El Gobierno a la cárcel	65
6. Atrapado entre dos fuegos	75
7. España, de nuevo, con más fe que piedad	83
8. Ante la convocatoria electoral	103

SEGUNDA PARTE

9. ¿Cómo hemos llegado a este punto?	111
10. Los cinco errores del Gobierno de Rajoy	119
11. Los cinco errores del soberanismo	141
12. Ventanas de oportunidad perdidas	159
13. ¿Y ahora qué? La hora de las soluciones	181
Índice onomástico	209

SOY DE AQUÍ, SOY EXTRANJERO

*Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía:
también la verdad se inventa.*

ANTONIO MACHADO

Gabriel Rufián espeta «155 monedas de plata» a las 12.11 horas de la mañana del día 26 de octubre de 2017, temeroso de que Carles Puigdemont convoque elecciones y evite la aplicación del 155. «El abogado de Santi Vila es el que representó a Cristina de Borbón. Todo en orden (el orden del 78)» dispara Francesc de Dalmaes, candidato de Junts per Catalunya (JuntsxCat) en las últimas elecciones. «Santi Vila llegó a un acuerdo con el Estado: si dimitía y cargaba contra el Gobierno, lo exculparían. Eso tiene un nombre», escupe Ramir de Porrata, otro de los fichajes estrella de JuntsxCat en las pasadas elecciones.

Los ejemplos, que podrían continuar hasta la saciedad, coinciden siempre en algunos puntos en común: en primer

lugar, en la descripción de un panorama maniqueo, emocional y simple, casi infantil, con una divisoria clara entre el bien y el mal, entre españolistas y catalanistas, entre traidores y héroes. Ojo con caer en la más mínima heterodoxia porque las viejas amistades tornan rápido en fría indiferencia. Ojo con dudar, con cuestionar alguno de los dogmas de fe del momento, porque si te atreves a hacerlo, una letal y bien organizada manada de articulistas de partido, opinadores a sueldo y perfiles falsos en las redes sociales caerán sobre ti, implacables, hasta aniquilarte políticamente. Ni heterodoxias ni dudas ni matices. Que el rey va desnudo, todo el mundo lo sabe. Lo que es del todo inadmisibile es confesarlo. De nuevo, como en tantas otras ocasiones en la historia contemporánea de España, para los fanáticos, el dilema está claro: ¿o conmigo o contra mí! O aplicado al caso, ¿o con Cataluña o con España!

Otro aspecto no menos importante de la retórica hegemónica en la Cataluña reciente ha sido su tronado sesgo izquierdista. Contando con la sorprendente y callada resignación de parte del catalanismo político representado hasta hace bien poco por *Convergència i Unió* (CiU), los discursos de los máximos representantes y líderes del *procés*, con Carme Forcadell, Marta Rovira y Ana Gabriel a la cabeza, siempre coinciden en la idealización de los tiempos de la República y en la demonización de los de la Transición. Menospreciando sin matices las consecuciones en términos de libertades y progreso de los últimos cuarenta años, el orden constitucional actual se describe constantemente como el «régimen del 78», el «orden del 78», etcétera. No en vano, en la sesión probablemente más triste de la historia del parlamentarismo catalán contemporáneo, la del monólogo so-

bre las leyes de referéndum y transitoriedad del 6 y 7 de septiembre de 2017, Ana Gabriel rindió homenaje a «la gente que luchó contra el régimen del 78 y que fue torturada y encarcelada por hacerlo». Lo más chocante es que todas estas voces revolucionarias consideran del todo compatible su retórica antisistema con formar parte de él, disfrutando sin rubor de sus prebendas, coches oficiales y salarios. Lo más desconcertante es que muchos de los excesos verbales de aquella sesión funesta despertaran aplausos entre algunos de los miembros de la bancada en su día liberal progresista o directamente conservadora.

En el momento de escribir estas páginas, recibo un educado correo electrónico del alcalde de un pequeño municipio de La Garrotxa, una de las comarcas septentrionales de Girona, con el que he mantenido una intensa relación institucional y personal durante muchos años. El buen hombre me cuenta que le va a ser imposible mantener el prólogo que me había encargado hace unos meses para la publicación de un libro sobre la historia de su municipio. Aunque no se olvida de lo mucho que hemos trabajado juntos por su pueblo y por la comarca, ha llegado a la conclusión de que en las actuales circunstancias políticas es mejor prescindir de mi texto. Le respondo escuetamente, disimulando mi tristeza, que ya habrá nuevas y mejores ocasiones. En casa, entre mis libros, ya tranquilo, me viene a la mente el desaire que le hizo el barón de Thunder-ten-tronckh al Cándido de Voltaire cuando después de una vida llena de desastres y penalidades, a pesar de que Cándido aún se mostraba dispuesto a desposar a la hermana del noble, Conegunda —que aunque en su día destacó por su belleza y su carácter, las desgracias y el paso del tiempo la habían convertido en una

mujer de dientes renegridos, ojos legañosos, con el cuello lleno de pellejos, las mejillas arrugadas, los brazos secos y escamosos, en definitiva, en una mujer gruñona y más fea que un coco—, dispuesto a pesar de todo a casarse con ella, más por piedad que por amor, tropezó don Cándido con la renovada negativa del barón a autorizar el matrimonio, puesto que a pesar de reconocerle y agradecerle sus buenas intenciones, ¡no podía olvidar que Cándido no era noble! En fin, regresando de nuevo a lo que aquí nos ocupa, que interesante o irrelevante el libro que yo debía prologar, lo importante es que yo (ya) no era independentista...

Antes de empezar este relato sobre héroes y traidores permitan que les hable de mí, a riesgo de parecer inmodesto o de poder ser acusado de escribir una autobiografía disfrazada de postal de historia de Cataluña. Políticamente hablando, quien escribe estas páginas ha sido concejal, alcalde, diputado y *conseller* de la Generalitat de Cataluña durante los últimos cinco años. Como alcalde de Figueres, capital del Alt Empordà, me gusta presumir de haber sido el único político de la ciudad que consiguió en su día vencer en todos los colegios electorales del municipio, en los barrios más humildes y en los más adinerados, en los de residentes «gatos» de toda la vida, como dirían en Madrid, y en los coloridos y rejuvenecidos por la llegada de la inmigración. Ciudad poco dada a las mayorías, la primera y única mayoría absoluta de la actual democracia la conseguimos con mi equipo en las elecciones municipales de 2011, después de un mandato municipal intenso y lleno de importantes logros para el bien común. También fueron exitosas las campañas políticas en las elecciones autonómicas de 2010 y 2012, cuando bajo mi liderazgo ganamos un importante número

de escaños en la circunscripción de Girona, que fueron claves para investir a Artur Mas presidente de la Generalitat y poder derrotar al tripartito del presidente Montilla, Joan Saura y Joan Puigcercós. Después vino el paso por las consejerías de Territorio, de Cultura y, aunque brevemente, de Empresa y Conocimiento. Educado en el seno de una familia sencilla, de payeses y ferroviarios del Empordà, cursé mis estudios primarios y secundarios en una escuela de los Hermanos de La Salle, y llevé a cabo mi formación universitaria en las universidades públicas de Girona y Autónoma de Barcelona, siempre con becas por méritos académicos. No ha sido hasta mucho más tarde cuando me he doctorado en la Universidad Internacional de Cataluña, con una tesis sobre fanáticos integristas, por cierto.

Con este perfil, que si de ponerse a exagerar se tratara, me parecería más propio de la saga de David Copperfield que de la de los duques de Cambridge, no deja de resultar paradójica la construcción interesada por parte de cierto nacionalismo radical de una imagen de mi persona política como representante y albacea de los intereses de los ricos y los poderosos («el abogado de Santi Vila es el que representó a Cristina de Borbón»), como verdadero traidor, quintacolumnista de una España que en el imaginario ultranacionalista sigue siendo autoritaria, predemocrática y ruin.

¿El motivo? En esta ocasión, haber defendido hasta el último minuto la insuficiente legitimidad democrática para llevar a cabo una declaración de independencia de Cataluña tras el 1 de octubre, la necesidad de cesar en la dinámica de hostilidades con el Gobierno de España y de buscar, por fin, el alto el fuego, es decir, el inicio de un diálogo franco y honesto. ¡Ah! Y haber admitido en público que más allá de permitir que se

redactaran informes y se organizaran almuerzos de reflexión y análisis, en el Gobierno de la Generalitat no trabajamos en la preparación de una nueva República para el día después de una eventual declaración de independencia de Cataluña. No lo hicimos porque, con alguna excepción, en general estábamos persuadidos de que todas las iniciativas movilizadoras emprendidas, si finalmente resultaban exitosas, en el mejor de los casos servirían para conseguir un referéndum ajustado a derecho o, como mínimo, el inicio de un nuevo período reformista para Cataluña y para el conjunto del resto de España. Así pues, por esas razones, ¿traidor? Chivo expiatorio, a lo sumo, según ha descrito lúcidamente Jordi Amat en su libro *La conjura de los irresponsables* (Anagrama, 2017).

Siempre al borde de la dimisión o del cese, confieso que nunca he sido un hombre de partido ni de bandos. Como Francesc-Marc Álvaro señaló de Agustí Calvet, también yo he sido siempre un hombre en tierra de nadie, un verso libre y heterodoxo, siempre crítico, pero fiel a mis convicciones más profundas, y quiero pensar que también al presidente de la Generalitat, primero Artur Mas, después Carles Puigdemont. Haber advertido, ya en septiembre de 2013, que el *procés* debía abandonar comportamientos adolescentes, empoderarse y centrarse en superar la recesión y luchar contra el paro; haber reconocido en el plano teórico al Tribunal Constitucional como árbitro inevitable ante una eventual consulta, un año más tarde, en agosto de 2014; o haber subrayado la influencia de la españolidad en la cultura catalana en otra entrevista para *El País*, ya siendo *conseller* de Cultura, en octubre de 2016, fueron algunos de los momentos estelares que más ruido y excitación generaron en mi contra. Recuerdo que en el intermedio de una noche otoñal de

ópera en el Liceu, incluso Artur Mas tuvo que salir en mi defensa ante las críticas recurrentes de muchos de mis adversarios, que me acusaban de ser «el nuevo Duran de Convergència». «Nada más falso —apreció Mas, irónico—. En todo caso... ¡Santi Vila es nuestro Pasqual Maragall particular!» Todos los presentes sonrieron condescendientes. En mi opinión, no habría podido recibir mayor elogio.

Volviendo al tema, absolutamente convencido de que el desastre en el que nos hallábamos podía haberse evitado, lo cierto es que trabajé incansablemente, con lealtad al *president* y con honestidad para evitar la aplicación del artículo 155 de la Constitución Española sobre Cataluña, procurando que el Gobierno de Cataluña y en especial el presidente Puigdemont convocaran elecciones autonómicas, ajustadas a derecho, como la mejor forma de encauzar el conflicto de legitimidades enfrentadas en Cataluña y evitar el precipicio en el que acabamos cayendo. Como es sabido, esta solución no fue posible, y las consecuencias de este error político están ya a la vista: Puigdemont y medio Gobierno catalán, refugiados en Bruselas; el otro medio, encarcelado cautelarmente un mes; Oriol Junqueras, Joaquim Forn y los Jordis aún en la cárcel, miembros de la Mesa del Parlament (y yo mismo) con el pasaporte retirado y penas de prisión eludibles bajo fianza. Autogobierno suspendido, familias rotas, patrimonios comprometidos, carreras políticas interrumpidas son el lienzo del campo de batalla después del enfrentamiento. Y lo que es peor, una fractura social evidente en Cataluña, depresión de la actividad económica a todas las escalas durante aquellas históricas semanas de octubre, y lesión de la marca Barcelona a ojos del mundo y de la idea de Cataluña en el resto de España.

Identificado el error político con aséptica pero dolorosa frialdad, resulta más complejo e ingrato aún señalar a sus responsables. Porque más allá de las decisiones seguramente equivocadas que se tomaron en Barcelona durante aquellos días difíciles de septiembre y octubre, quedará para la historia de las historias tristes de España el desolador inmovilismo del Gobierno de Mariano Rajoy, quien pudiendo haber tomado la iniciativa, aunque *in extremis*, prefirió dejar las instituciones y la política catalana a su suerte, seguramente entre resignado y vengativo, en todo caso aguardando poder imponerse sin esfuerzo, como lo hace el leñador perezoso sobre el árbol caído tras una torrencial tormenta de verano.

Escribo este libro, culpable de haber sido crítico con los míos y con el camino seguido, aunque asumiendo corresponsablemente muchos de sus actos, por acción o por omisión. No me asustan lo más mínimo, pues, ni las acusaciones de traidor, ni las de golpista, ni el sinfín de difamaciones maliciosas o ingenuas vertidas sobre mi persona, de uno u otro bando. Quizá algún día los diarios digitales y opinadores que escribieron e insinuaron pactos oscuros con la Fiscalía para eludir responsabilidades o que auguraron transfuguismo al Partido Popular (PP), al Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC) o a Ciudadanos, desmentidos por la realidad, deban rendir cuentas ante la opinión pública o ante su conciencia deontológica, si es que alguna vez la tuvieron. Dudo que lo hagan, pues es bien sabido que la característica más definitoria del fanático es su absoluto desinterés por la realidad de los hechos. Por el bien social y para su castigo, solo deseo que algún día pierdan lectores y, aún más, que pierdan definitivamente a sus patrocinadores.

Lo que sí queda para mi tormento y remordimiento como demócrata, como la página más negra de mi currículum como ciudadano y como servidor público, es haber presenciado la sesión plenaria del 7 de septiembre de 2017 en el Parlament de Catalunya, la que aprobó la disparatada ley de desconexión, y no haber dimitido al instante. Aunque yo no tuve que votarla por no ser diputado, fracasados los intentos de evitar su tramitación, que dentro del Gobierno los hubo (y no tan solo por mi parte), fue un error grave contemporizar con ella, aunque fuera para ningunearla. No me queda la menor duda de que tampoco Carles Puigdemont se sintió orgulloso en aquellas horas tristes. De hecho, me consta que intentó evitarla. Su incapacidad de frenar aquel pleno y aquella votación tan hiriente seguramente era el preludio trágico de nuevas y más graves impotencias por su parte. En aquellos días fue tan grande la fanatización de los míos que el menosprecio de los que no pensaban como ellos se consideró un mal menor, justificable por el bien superior que se perseguía. De nuevo, como en tantos otros momentos fatales de la historia, el fuego interior en el alma de unos pocos justificó el atropello de los considerados insensibles o sordos a la llamada de la fe redentora.

Sí que me siento orgulloso, en cambio, de haber participado activamente en la movilización política del 1 de octubre. Convencidos de no estar haciendo nada ilícito (recuérdese que, en 2005, el Congreso suprimió como acto punible penalmente la convocatoria de referéndums), millones de ciudadanos catalanes salimos a votar, persuadidos de que este era un derecho individual y colectivo irrenunciable, y que si alguien quería cuestionarlo, era un deber cívico salir en su defensa. Somos muchos los que, aunque sabemos que la na-

ción moderna debe ser un plebiscito diario, también creemos que Cataluña es una nación milenaria, una de las más viejas de Europa, como recordó en su día Pau Casals en su discurso ante las Naciones Unidas. Una lectura abierta y generosa de la Constitución de 1978 así debería reconocerlo. Lamentablemente, como es público y notorio, lo que empezó como un pulso político entre gobiernos acabó con una desproporcionada represión policial, indigna de un país avanzado como España y con un nuevo pretexto para la radicalización y el victimismo. La imagen de niños pequeños llorando, aterrados, al contemplar cómo sus abuelas octogenarias rodaban por los suelos ante la embestida de la policía me temo que es una herida en el corazón de muchos catalanes de buena fe que tardará en borrarse y que contribuye bien poco a la construcción de una idea compartida de España.

Es por todo ello que en las actuales circunstancias me siento un poco como Josep Palau i Fabre al regresar de Francia, es decir, de aquí y a la vez extranjero. De aquí porque siento como el que más la catalanidad, su geografía y sus instituciones, su lengua, sus costumbres, sus virtudes y sus prejuicios. De aquí porque yo no sería yo mismo si borrran de mi memoria las lecturas de Jaume Vicens Vives, Joan Ferrater Mora o Joan Fuster. Extranjero porque me siento al mismo tiempo liberal y universal, y percibo, como Montaigne, Chesterton o Cervantes, que lo esencial en los seres humanos es lo que tienen en común y no lo que los separa, y que de seguir en política, solo desde la más exigente autocrítica y empatía podrá salir un proyecto de sentida reconciliación, renovado, moderno y de progreso, que deje atrás todo lo malo de este último bienio infortunado, capaz de hacer de la diversidad y el pluralismo un valor y no un problema.

Las páginas que vienen a continuación son el relato de mi experiencia como miembro del Gobierno de la Generalitat durante las últimas semanas antes de que se produjera el choque entre la Generalitat y el ordenamiento constitucional, así como el intento de encontrar una explicación racional a tanto despropósito y dolor injustificados. Más allá del valor memorial de la primera parte del libro, he procurado también adentrarme en el análisis de los principales errores cometidos por el soberanismo, así como de los avalados por los sectores más jacobinos de la izquierda española y más nacionalistas en torno al Gobierno de Mariano Rajoy. En todo caso, a lo largo del libro he procurado no apartarme de la convicción de Jaime Gil de Biedma, según la cual, a pesar de los pesares, es inaceptable resignarse a creer que la historia de España deba venir marcada por la fatalidad, que nuestros malos gobiernos respondan a una metafísica y no a un simple mal negocio de los hombres. Que la política catalana abandonara la senda del pactismo y se echara al monte fue una opción, no una obligación. Que, por su parte, el Gobierno de Rajoy se acomodara en el inmovilismo y eludiera sus responsabilidades políticas en beneficio (quizá debiéramos escribir «en perjuicio») de otros poderes del Estado, tampoco estaba escrito en ninguna tabla sagrada como ineludible. Porque a pesar de los pesares, creo que retomar la senda de la concordia y del respeto ajeno, de la convivencia y del progreso para todos es posible. En el último capítulo del libro muestro mi visión sobre cómo deberíamos seguir de ahora en adelante.